

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MEXICO
Facultad de Filosofía y Letras

Don José Toribio Medina

TESIS DE

FRESIA HIDALGO ROJAS

LICENCIADO EN FILOSOFÍA.

MÉXICO, D. F. - 1943.



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

STANDARD PAPER CO.

1915
1916



MONOGRAFIA
SOBRE
JOSE TORIBIO MEDINA

Aunque en mi supongo natural deleitación el dedicar este trabajo a un compatriota mío que con su asombrosa producción honró a su patria, puedo asegurar que me deleita más el estudiar aquí su labor, aunque de una manera somera, porque se trata de un hombre que sintió como su patria a todas las naciones hispanoamericanas, pues lo que dedicó toda su vida, que sobrepasó la de muchos hombres a investigar de una manera tenaz e incansable todo cuanto pudiera esclarecer, rectificar y ratificar hechos y conceptos que pudieran relacionarse con su historia, tanto política y social como literaria y cultural.

Porque el grán polígrafo chileno, traspasó los límites de lo que pudiera interesar a su patria y dedicó su fecunda labor a descubrir miles y miles de documentos que fueran base de la reconstrucción de la Historia de América, demostrando con sus actos cómo sentía el verdadero panamericanismo, basado, no en intereses de un patriotismo equivocado que perfilase los límites de su patriotería, sino con una alta visión de conjunto y una amplitud de miras que fué reconocida no sólo por

América entera, incluyendo la anglosajona, incluso España, a la que amó tanto por los nexos que sostuvo con sus más eminentes hombres de letras y con Inglaterra de donde salieron los más altos, reconocimientos a su valer y a su laudable y excepcional fuerza de voluntad.

Colón con sus audaces descubrimientos y los conquistadores con sus proezas redimieron a nuestros pueblos de una vida atrasada, con una civilización en ciernes, echando los fundamentos de la que hoy gozamos.

Pero Medina también cruzó los mares varias veces, sufrió reveses, incomodidades y fatigas, que como al gran navegante no lograron en él desfallecimiento alguno, para descubrir en las Bibliotecas y en los Archivos europeos, verdaderos tesoros de carácter histórico-literario que habían de plasmarse en sus numerosas obras que pasan más de trescientos volúmenes, denunciadores de una asombrosa tarea la que pocos hombres han llegado.

La cantera más abundante, donde pudo encontrar filones inagotables fué España, la madre patria, en cuyos copiosos archivos se pasó varios años, escudriñando con una paciencia jobiana y una inagotable ansiedad, miles y miles de legajos en cuyas entrañas yacían en sueño secular, documentos preciosos y vivientes que sacó a luz, ofreciendo con ellos amplia y sólida base a los hombres de estudio para fundamentar los hechos que constituyen una historia seria de América, seria y veraz, gracias a la honestidad, la rectitud y el amor a la verdad, que caracterizan toda la labor del gran polígrafo chileno.

José Toribio Medina nació en Santiago de Chile el día 21 de Octubre de 1852, de una familia distinguida tanto por la rama paterna como por la materna.

Su padre Don José del Pilar Medina y Valderrama tenía un abolengo envidiable. Poeta y jurista dedicó su vida a la magistratura que hubo de abandonar a causa de un parálisis que le impidió toda actividad y que le tuvo postrado más de veinticinco años, hasta que ven-

ciendo a su robusta naturaleza, rindió su vida.

Su madre Doña María Ana Zavala y Almeidas, portaba también apellidos ilustres de la sociedad chilena y en aquel hogar, al que la desgracia no pudo turbar las delicadas afecciones de la vida, José Toribio Medina, su hijo amado, llevaba el germen del amor al estudio y de inteligencia despierta que habían de culminar en una vida dedicada, no sólo a honrar su nombre, sino el de la patria que lo vio nacer y a la que sirvió con su inteligencia y con las armas.

Estudió primero Humanidades en Santiago y más tarde y por hacer honor a la voluntad de su padre que deseaba se dedicase, como él, a la magistratura, estudió la carrera de Leyes en aquella Universidad, y las notas que denunciaban su aprovechamiento, presagiaban ya los triunfos que, a pesar de su ingénita modestia, había de alcanzar más adelante con su trabajo y su saber.

Hay que hacer notar que la mayor parte de su carrera de Abogado la estudió privadamente, terminándola así, antes de los plazos que marcaban oficialmente las normas de la enseñanza universitaria.

Sus notas y los premios que alcanzara, vislumbraban ya al hombre de recia inteligencia y de firme voluntad que le llevarían a ser, con el tiempo, el primer bilingüa de América y uno de los primeros del mundo, y como dice uno de sus biógrafos, "El primero de la cristiandad"

La tesis con que coronó sus estudios trataba sobre "Si la donación es un acto o un contrato" discutiendo sobre esa cuestión con gran riqueza de observaciones y argumentos propios de una inteligencia excepcional y de un estudio sólido y fecundo.

A pesar de todos estos triunfos y de la presión moral de su ilustre padre, José Toribio Medina no demostró nunca la mayor inclinación a su carrera, que ejerció con grande y probada competencia, pero sin gran entusiasmo durante dos años (1873 y 74) demostrando, desde luego, más interés por los estudios his-

tóricos referentes a su país, exteriorizándolo en trabajos sueltos, sobre diversos temas, publicados en distintas revistas que en aquellos tiempos presentaban la vida cultural de la capital chilena entre otros la notable traducción del poema del gran escritor inglés Longfellow, titulado "Evangalina".

Al cabo de esos dos años, y muy joven aún, ejerció su primer cargo oficial como Secretario de la Legación chilena en Lima, donde se pudo relacionar con los hombres más eminentes, en aquella capital, en el cultivo de las Ciencias y las Letras, atrayéndole, sobre todo la gran Biblioteca Nacional Peruana, donde trabó íntima y provechosa amistad con su ilustre Director, Don Francisco de González Vigil, con el culto general Don Manuel de Mendiburo y Don Manuel Odríola, los tres, hombres de estudio y notables bibliófilos, cuyo contacto continuo inició en el joven diplomático aficiones a los estudios de investigación que habían de constituir la norma de su larga e incansable vida de trabajo y habían de elevarlo a envidiable y prominente puesto a que llegó, dedicando largas horas a la Biblioteca y hundiéndose en los archivos para publicar, aparte de la infinidad de artículos en los periódicos de Lima, su obra "Memorias de Fray Juan de Jesús María" en 1875, anotada muy discretamente, por el mismo, no despreciando, al mismo tiempo, todas las ocasiones que se le presentaban, para adquirir de los chamarilleros y anticuarios, cuantos objetos podía; para enviarlos, impulsado por su patriotismo, al Museo Arqueológico de Chile y contribuir de esa manera a su enriquecimiento.

En sus disquisiciones periodísticas en Lima abarcaba temas de índole muy diversa, uno de ellos de Entomología por cuya Ciencia se dedicó con gran éxito en esta etapa de su vida literaria, haciendo estudios profundos de los insectos y hasta descubriendo algunas especies, entre ellas una clasificada científicamente con el nombre suyo, el *Grongrofora Medina* en honor a su describidor, publicando más tarde de una monografía

sobre los insectos peligrosos de Chile.

Todos estos trabajos culturales le distraían y hasta le distanciaban no poco, de sus burocráticas obligaciones oficiales, lo cual, unido al especial temperamento de su Jefe produjo entre el Ministro y él divergencias continuas, que se agudizaron al negarle el primero una licencia que le pidió su Secretario y que obligaron a éste a dimitir su cargo y dejarle así en libertad para emprender su primer viaje que calificaremos como de exploración que empezó por los Estados Unidos de América, muchas de cuyas capitales recorrió, visitando sus Bibliotecas, sus Archivos y sus Museos, trasladándose después a Inglaterra, visitando Londres el gran Museo Británico y después España, donde se dió buena cuenta del gran campo de acción que le ofrecía la riqueza encerrada en sus Bibliotecas y Archivos.

Esta ausencia de su patria, duró dos años, desde 1876 a 1878, en que regresó a Chile, presentando en un certamen, convocado por la Universidad de Santiago sobre "HISTORIA DE LA LITERATURA COLONIAL EN CHILÉ" que mereció uno de los premios de aquel concurso literario y que en tiempos posteriores lo mereció también en otra celebrado en la Exposición Universal de Barcelona, por las aportaciones bibliográficas, completamente nuevas, que constituyen aquel selecto estudio y por lo tanto, hasta entonces desconocidas en los medios intelectuales del país.

Surgió entonces, la guerra llamada del Pacífico, entre Chile y Bolivia y nuestro biografiado no dudó en enrolarse en el Ejército de su patria, sacrificando sus aficiones literarias y marcando un paréntesis en su vida que supuso todo el tiempo que duró la guerra, lo mismo que el de la revolución contra el Presidente Balmaceda que tanto lo distinguió con su amistad, distinguiéndose, como soldado, en la primera y ocupando destacados cargos de índole jurídico que le valieron honrosos laudos en su hoja de servicios, pero no despreciando cualquier ocasión que se le presentaba para

dar satisfacción a sus innatas inclinaciones, como ocurrió durante su visita de inspección judicial por la provincia de Zapará, donde descubrió el esqueleto de un megaterio nuevo, no clasificado hasta entonces por desconocida, que envió el Museo de Prehistoria de Chile, y cuya reproducción, en yeso, figura en la mayor parte de los Museos de esa especialidad, tanto americanos como europeos.

Pero tales cargos que señalaban, para él, una carrera floreciente que, seguramente, le reservaban los primeros puestos de su nación, no podían satisfacerle y renunció en absoluto a ellos, para, con toda libertad, poder hacer, DÉ VISU, una excursión a la por tradición, indómita región araucana, que, de hecho, continuaba en su vida independiente y de casi aislamiento, y PÉCHANDO contra todas las incomodidades, cuando no serias dificultades y peligros, pero que le permitieron dedicar las primicias de sus observaciones, relacionadas en sus comentarios a la obra poética del araucano Ercilla, y que plasmó en su notable obra "LOS ABORÍGENES DE CHILE", primer estudio de esa clase en su país, en el que no se sabe qué apreciar más, si la abundancia de los interesantes datos que aporta, o el espíritu de serena crítica con que están expuestos, pudiendo ser considerada esta obra como la más seria iniciación de la Historia de Chile, deshaciendo los mitos, hasta entonces tenidos como artículos de fé, hasta por hombres eminentes, dentro de ese campo de estudios, demostrando con sus documentadas afirmaciones, que los aborígenes de este continente americano, proceden de una raza propia y no de otras venidas de Oriente, como hasta entonces se había sostenido.

Cada día más acucioso en su labor investigadora, ingrata y dura, pero fructífera, clasificó y coleccionó los numerosos legajos que yacían arrumbados y en el mayor desorden en la antigua Capitanía General de Santiago, procediendo a hacer, de ellos, un acabado catálogo que mereció los elogios del Gobierno que se lo

había encargado y que le permitió lograr, poco tiempo después, el nombramiento de Secretario de la Legación chilena en Madrid, cargo que le permitía hacer su segundo viaje a España para dedicarse a sus trabajos de patriótica investigación en el amplio arsenal que le brindaban sus Bibliotecas y Archivos, marchando con el apoyo económico que le prestaron el Gobierno y la Universidad.

Su nuevo cargo diplomático le facilitó una acción libre para visitar los notables archivos españoles que constituyen por su abundante riqueza documental, la inagotable cantera de donde habría de extraer los sólidos y no menos abundantes materiales que fundamentaron la casi totalidad, o por lo menos la mayor y más importante parte de su asombrosa obra de verdadero y honroso panamericanismo.

Y es de notar con verdadera admiración, aquel sencillo documento, en el que, de regreso a Chile, liquidaba las cuentas al Ministerio de Instrucción Pública, del apoyo económico con que lo ayudara, con los comprobantes gastados en amanuenses y materiales de escritorio, a cambio de QUINCE MIL SEISCIENTOS SESENTA Y OCHO páginas escritas en papel marquilla, dispuestas ya para ir a la imprenta, como fruto de su trabajo de búsqueda, clasificación, ordenamiento y concienzuda copia de los interesantes documentos que traía, verdadera muestra del desinterés, honradez y rectitud en que Medina desarrolló sus actividades durante toda su vida.

Y esta gran obra aportada pudo lograrla, no solamente por el alto cargo diplomático que en España desempeñaba, sino también por su vasta cultura, que le permitieron la entrada y libre acción en todos los centros culturales y al mismo tiempo la adquisición de valiosas relaciones, que derivaron en amistades inalterables, con las personalidades más eminentes de la cultura española de aquel tiempo, como Menéndez y PeLAYO, Tamayo y Baus, Núñez de Arce, Pedro Antonio

Alarcón que le presentaron a la R. Academia Española que le nombró Académico Honorario, Fernández Duro, el Marqués de Laurencin, Manuel Cañetes, el Duque de T'SERCLAAS, el Marqués de Jerez de los Caballeros, Francisco Rodríguez Marín, Chávez Valdengro, Gestoso, Cano y Cueto, Hazañas y la Rúa, Gómez Imaz y otros muchos con los que sostuvo perenne amistad y continua correspondencia.

Los Archivos Histórico Nacional, el de la Academia de la Historia, el de Alcalá de Henares, el de Simancas y el de Indias, de Sevilla, fueron durante mucho tiempo su campo de operaciones, sin excluir el Notarial de Madrid, el del Escorial y el de la Corona de Aragón de Barcelona.

En tan enormes y ricos depósitos en los que Medina, como bibliófilo de corazón, gozó de las mayores delicias de su vida, procedió con la más admirable desenvoltura. Miles y miles de documentos, como hemos dicho, hasta entonces ignorados, y relacionados, todos, con la verdadera Historia hispanoamericana, que él mismo seleccionaba, copiaba o mandaba copiar a personas peritas en Paleografía, fueron después coleccionados para luego ser reproducidos en los centenares de libros que constituyen su asombrosa obra bibliográfica.

Todo papel documental con que tropezaba en su diaria labor, tenía, para él, el mayor interés, con que sólo se rozara con la Historia, no sólo de Chile; sino de cualquiera otra República hispanoamericana, y tan amplia aspiración le obligó a visitar, además, los más célebres archivos europeos, como los del Museo Británico, Berlín, Viena, París y el Vaticano.

El Gobierno español le dió toda clase de facilidades para la consecución de su patriótica obra de la que habría de resultar la fundada rectificación de muchos errores históricos respecto a nuestro gran período colonial, y todos los Jefes y Directores de las Bibliotecas y Archivos españoles, tenían órdenes terminantes de proporcionarle cuantos datos, documentos y libros requi-

rieron, y debido a eso, en Simancas donde están instalados el célebre Archivo que lleva este nombre, pudo Medina descubrir una rica e interesante documentación sobre las andanzas del Tribunal llamado del Santo Oficio, y, vulgarmente de la Inquisición, que estudió detenidamente y que le permitió la publicación de una de sus más interesantes obras sobre el Tribunal del Santo Oficio en Chile, Lima, México, Manila, etc. contenida en once volúmenes y en la que aporta una abundancia de documentos que denuncian los procedimientos en América, como en todas partes, seguía tan temido Tribunal con los vicios e inmoralidades de sus componentes; todo aquello desconocido, casi en absoluto, en América por el especial cuidado que se tuvo en hacer desaparecer todo vestigio de sus actos llamados de justicia, puesto que el mismo escritor peruano R. Palma que había publicado una Historia de la Inquisición en Lima, reconoció la superioridad de la de Medina por el enorme acopio de documentos que la informa.

En esta obra Medina no hace mas que reproducir documentos, por siglos arrumbados en los sótanos del Castillo de Simancas, sin atreverse a hacer la menor crítica, no sabemos si por temor a una no buscada dialéctica o al personales escrúpulos de su conciencia, absteniéndose tal vez por esta causa, de publicar, como se dice, toda la documentación que había podido lograr.

El enorme lastre documental acaparado con tanto trabajo le hizo pensar en volver a su patria y aprovechar el viaje de regreso para visitar varias Bibliotecas Americanas, especialmente la de Lima y Buenos Aires que ya tenía muy conocidas, en las que trabajó algún tiempo, entrando a su patria portando el merecido trofeo alcanzado en Madrid, por su meritoria labor, de los títulos de Académico Correspondiente a la Española de la Lengua y de Miembro Honorario de la Sociedad de Escritores y Artistas.

El primer libro que publicó al regreso de este se-

gundo viaje a Europa, fué la documentada "HISTORIA DE LA INQUISICIÓN EN LIMA" en donde el lector puede darse cuenta de los procedimientos de aquél Tribunal instituido en América, no por los españoles que en la propia metrópoli sufrían también su yugo, sino por el fanatismo frío y feroz del Rey Felipe II, procedimientos crueles y secretos, como hemos dicho, cuya documentación, hundida en los subterráneos de Simencas, permanecieron ignorados hasta que Medina, aprovechando la franquicia que le proporcionara el permiso gubernamental español, pudo penetrar en el oscuro sepulcro donde yacían durante cuatro siglos, y sacarlos a la luz para que en América, como en todas partes, fuera justamente apreciada y justificada.

Esta labor, hasta entonces, por nadie emprendida, mereció que la Real Academia de la Historia de Madrid le nombrase su correspondiente, en medio de los mayores elogios dedicados a su persona y a su obra.

Tras esta obra publicó otras con verdadero vértigo, como lo fueron, por su orden de publicación, su célebre obra de consulta "Biblioteca Americana", enorme catálogo ilustrado con atinadas notas y comentarios que denuncian que todos aquellos libros citados han pasado por sus manos, "Las Guerras de Chile", poema épico de autor realmente desconocido, la "Histórica relación del Reyno de Chile" por el P. Ovalle, y varios volúmenes de su "Colección de Documentos Inéditos" y la de "Historia de Chile" que suponen verdadero alarde de una infatigable, copiosa y fecunda labor que al menor observador causa el mayor asombro.

Más adelante publicó la "Historia de Chile" de Vidaurre, obra casi desconocida, "Desengaño y reparo de la guerra de Chile" por González Nájera, y una original suya, compuesta de notas por él recopiladas y que intituló "Cosas de la Colonia Mayoteca Chilena" estudio geográfico del país; una colección de poesías debidas a la inspiración de su fallecido padre Don José del Pilar Medina, un "Epítome de la Imprenta en el

Plata", "Historia del Tribunal del Santo Oficio en Chile", constituida casi toda, por documentos en ella reproducidos y un "Epítome de la Imprenta en Lima", a las que siguió poco después, "La Imprenta en Santiago" detenido estudio histórico del arte de imprimir desarrollado en el territorio Chileno, ornada con antigua documentación bibliográfica, por él hallada, que abarca desde la introducción de la Imprenta en Chile, en el siglo XVI hasta principios del XIX, comprendiendo libros y periódicos impresos en Chile sobre todo los publicados durante la guerra de la Independencia.

En 1881 la revolución contra Balmaceda y la consiguiente anarquía que surgió en Santiago, obligaron a Medina a abandonar su patria y su hogar, para cobijarse, como exilado, en la Argentina, donde se le recibió, sobre todo por la gente culta, con todos los honores que le eran debidos por su cultura y la labor desarrollada, allí bien conocidas, continuando allí sus trabajos de investigación que dieron como resultado, la aparición en Buenos Aires, de su monumental obra "La Imprenta en el Virreinato del Río de la Plata" a expensas del Museo del Plata, y seguidamente, su "Historia y Bibliografía de la Imprenta en el Plata" que amplía y completa el anterior estudio, con notas y acotaciones muy interesantes, sobre los libros que en ella se enumeran, llamando sobre todo, la atención la crítica severa y discreta que en la obra domina y el esmero y pulcritud con que están atendidas su corrección y publicación, que merecieron los grandes elogios de la crítica, y muy especialmente del sabio Director del Museo Británico, Mr. Garnatt, que estimó tal obra como cumbre en su género de publicaciones, a la altura de la "Biblioteca Hispana" de Nicolás Antonio, publicada en Madrid a fines del siglo XVIII.

Tenaz en su trabajo, siguió, aprovechando su estancia en Buenos Aires y el apoyo incondicional que allí se le prestaba, publicando la "Bibliografía del General Don José Miguel Carrera" en la que se enaltece

la gran figura de tan eximio varón, que, también, como él, hubo de sufrir los sinsabores del destierro.

Las magníficas fiestas que en Madrid iban a celebrarse para conmemorar el cuarto centenario del glorioso descubrimiento por Colón, del Nuevo Continente y a las que estaban invitadas todas las Naciones americanas, atrajeron hacia España las miradas de Medina y de muchos americanos que allí acudieron para presenciar y gozar de la espléndida con que fueron celebradas, derrochándose en ellas el arte y las riquezas.

Medina, estuvo principalmente en Madrid luego en Sevilla, donde pasó una larga temporada trabajando en el inagotable Archivo de Indias, siendo objeto, como otras veces, de las mayores atenciones por los centros culturales de la ciudad del Betis y por las personalidades más distinguidas. Allí Medina puso el prólogo a la obra "Descubrimiento del Río de las Amazonas" publicada en lujosísima edición por los espléndidos bibliófilos, los hermanos Duque de T'Serclaes y Marqués de Jerez de los Caballeros, que en aquel tiempo enaltecieron un período de verdadera exaltación cultural en Sevilla, a lo que no fué ajeno nuestro biografiado, manifestando en una serie de publicaciones que honraron a los autores y a la misma Sevilla.

Entre ellas figura una referente a la "Historia de Chile" y el trabajo del P. Valdivia sobre la "Lengua rellentiac" editados con el gusto y espléndida de los próceres, ya mencionados, que lo costeaban.

Por aquella época vieron la luz el "Epítome de la Imprenta en México", el "Epítome de la Imprenta en Manila" y algunos opúsculos más.

Como fruto de esta tercera estancia en España, al regresar a Chile (1896) dió a la estampa nuevas obras, entre ellas "LA IMPRENTA EN MANILA", "FRANCISCO DE AGUIRRE EN TUCUMÁN", "NÚÑEZ DE PRADO Y FRANCISCO VILLAGRÁN EN LA CIUDAD DEL BARCO" y "UNA EXPEDICIÓN ESPAÑOLA A LA TIERRA DE LOS BACALAO" y al año siguiente, "JUAN DÍAZ DE SOLÍS" una nueva

edición de los "SERMONES DEL P. VALDIVIA" en la lengua vernácula, en la que hace Medina un detenido e interesante estudio, y la Obra de Enciso "DESCRIPCION DE LAS INDIAS", un estudio sobre "BERENSTAIN DE SOUZA" un "DIARIO DE LOS EXPLORADORES QUE DESCUBRIERON EL ESTRECHO DE LA MAIRE" y sobre todo, su "BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA DE LAS INDIAS FILIPINAS" que significa, además de un alarde su copiosa labor de investigación, el amplio concepto de la labor colonial de España no solamente concentrada en América.

La Universidad de Santiago se dió buena cuenta de lo que significaba el intenso trabajo de su predilecto hijo, y le llamó a su seno, nombrándole Profesor en la Facultad de Filosofía y Humanidades y la Sociedad Geográfica de Bolivia, lo nombró, a su vez, su Socio de Honor. Pero Medina daba mayor preferencia a las investigaciones bibliográficas que a los menesteres docentes de la cátedra, y siguió sus publicaciones, una de ellas dedicada a la familia chilena de los Errazuriz que emblemaba el espíritu progresivo de Chile, un estudio sobre el hombre prehistórico en su país intitulado: "LOS CONCHALES DE LAS CRUCES" y la reimpresión del "DIARIO DE UN JOVEN NORTEAMERICANO EN CHILE EN 1817 HASTA 1819", distinguiéndose, por lo tanto, su labor en la Universidad, más que por su intervención docente, por la publicación de la obra "BIBLIOTECA CHILENA" bajo los auspicios de dicha corporación académica, voluminosa relación de los escritores chilenos y también de los españoles que se ocuparon de asuntos relacionados con Chile, revelándose, una vez más, el titánico esfuerzo investigador de su autor, especialmente en el estudio hecho sobre más de ochocientas obras que se han publicado respecto a Ercilla, de quien, seguramente, ha sido él quien hizo el más acertado y minucioso estudio, pudiendo afirmarse que la BIBLIOTECA CHILENA de Medina es la obra más acabada de la Bibliografía de su país, siendo hoy día, a este respecto, la más apreciada obra de consulta.

Aquel hombre de acero, cuyas energías parecían reforzarse con la fatigosa investigación a la que diariamente se entregaba, siguió su laudable tarea de publicar, sin solución de continuidad, nuevas obras y a las anteriormente mencionadas hay que añadir "EL TRIBUNAL DEL SANTO OFICIO EN FILIPINAS" "EL TRIBUNAL DEL SANTO OFICIO EN EL CARTAGENA DE INDIAS", una selecta edición de "EVANGELINA" que él tradujo en sus primeros tiempos, una "POESÍA ÉPICA DE MERINO DE HEREDIA" en la que se describe una batalla habida araucanos y españoles, la "HISTORIA DE CHILE" de Pérez García y sus obras de numismática "MEDALLAS COLONIALES HISPANO-AMERICANAS" publicadas e ilustradas con verdadero lujo tipográfico, homenaje rendido al autor por sus editores de la propia Universidad de Santiago.

Como ya hemos dicho anteriormente, uno de sus trabajos predilectos que le procuró una gran parte de sus fructíferas correrías por Archivos y Bibliotecas, fue todo lo que pudiera referirse a la famosa epopeya "LA ARAUCANA" y a su ilustre autor Ercilla, en cuyo tema concentró todos sus amores, culminando en la más perfecta, dilecta y lujosa edición que pudiera hacerse del célebre poema del guerrero y poeta. Su tamaño en folio, sus tipos de impresión, sus ilustraciones y, sobre todo, sus notas debidas a su investigación documental, revelan un alta dirección, un gusto topográfico modelo y un profundo y minucioso estudio del poema y de su autor, a los que no se pudo, hasta entonces, rendir más digno homenaje. Lástima es que tan excepcional alarma topográfico no se haya lanzado al público definitivamente, por la espera de contemplarlo con abundante documentación por ese estudio de positivo interés, que obraban en un archivo particular de Madrid y cuyo difícil complicada adquisición se estaba tramitando a lasazón.

Supo Medina cuando estuvo en España en 1903 y se ocupaba con todo afán, en reunir documentación para la publicación de esta obra, que el conocido cervantis-

ta, vecino de Madrid, Don Cristobal Pérez Pastor poseía copias de preciosos e interesantes documentos que a Ercilla se referían y desde luego procuró ponerse al habla con él, proponiéndole comprar las referidas copias, por cierto, en una ínfima cantidad. Pero fallecido inesperadamente el poseedor, sus herederos las donaron a la Real Academia Española, que concedora a su valor, acordó publicarlos, encargando de tan honrosa misión al Académico y gran cervantista Don Francisco Rodríguez Marin, que no sabemos por qué causas no llegó a cumplir ese cometido.

Medina, entonces, pretendió copiar aquellos documentos, encontrándose con la rotunda negativa del entonces Secretario de la Corporación, Don Mariano Catalina, negativa que fundaba en estimar como depresivo, para la Real Academia que después de haber acordado publicar documentos, hasta entonces inéditos se adelantase a ello, precisamente un extranjero.

Ante tal intransigencia que se cohonestaba muy poco con la amplitud que debe existir con la contribución a un objetivo cultural que a todos afecta, Medina no desfalleció y buscando en sus pesquisas, supo que la mayor parte de los originales de aquellas copias se conservaban en el Archivo de protocolos notariales de Madrid.

Las dificultades de carácter económico-fiscal que se le opusieron para penetrar en aquel Archivo, sancta sanctorum de la fé pública española, no son para contarlas. Pero la habilidad, y sobre todo, la constancia de nuestro hombre, logró dominarlas, valiéndose de la influencia oficial de que gozaba su amigo íntimo y admirador, el Académico Marqués de Laurencin, que logró se la franqueasen aquel recinto, en el que se pasó seis meses, en sus trabajos constantes de investigación y copia personal de tan buscada documentación, entre la que se encontraba el testamento original de Alonso de Ercilla.

Por cierto que al dar cuenta a la Academia, el pre-

citado Marqués de la publicación de La Araucana, a que hacemos referencia; decía las siguientes y laudatorias palabras:

"No tendréis, pues, por exagerado, y sí por gráfica y exacta mi afirmación de apellidar de soberbio e imperecedero monumento, al erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno, a la memoria de Ercilla. Del íntimo maridaje del genio poético y del heroísmo español, surgió la epopeya, sin par, de La Araucana. Necesitaba un comentarista digno de ella y lo ha encontrado en Don José Toribio Medina.

No pueden dedicarse palabras más encomiásticas al reconocimiento del valer del gran bibliográfico americano.

La "Colección de documentos inéditos para la Historia de Chile" en treinta tomos, imitación a la publicada por la importante casa editorial madrileña, Rivadeynera, referente a la Historia de España, representa una base sólida para reconstruir una verdadera Historia de su país, aclarando y rectificando muchos hechos históricos, estimados hasta entonces, por los historiadores desde un plan que pudieramos llamar subjetivo a por lo menos tradicional, que desde luego adolecían de poco fundamento y de positiva confusión.

La crítica acogió esta monumental obra con el mayor entusiasmo, especialmente en España, considerándola como un modelo de metódica y concienzuda investigación y como la más alta ofrenda que el autor pudiera dedicar a los estudios históricos de su patria. La historia de las expediciones y conquistas de los españoles en América no tuvo nunca una aportación documental tan contundente, completa y prolija, y sin embargo, a pesar de estar empeñado en esta obra de tantos vuelos, que en otros hombres ha representado el fruto de toda su vida, Medina continuaba su otra obra "Colección de historiadores de Chile" en la que se catalogan todas las obras históricas referentes a la época colonial en su país.

Si la situación económica de Medina, que era muy modesta, no hubiera obstaculizado, y a la vez suspendido, sus trabajos de impresión, sus obras tal vez se hubieran multiplicado, y eso que varias de ellas lograron acogida y protección de entusiastas acogedores, tanto en España, como en la Argentina y en la Universidad chilena que costearon sus ediciones.

Insaciable, siempre, de nuevas investigaciones, que constituía en él una nueva naturaleza, emprendió Medina nuevo y último viaje a España en 1902, bajo los auspicios económicos del Gobierno chileno. En este viaje se detuvo en Lima, Bogotá, Guatemala, México, Puebla, Oaxaca, Querétaro, León, Celaya y otras. Pasó por la Habana, en donde, por causas de fuerza mayor, no pudo trabajar en su estudio sobre la Imprenta en América, como lo hizo en las demás poblaciones recorridas y en las que recibió, al par que la mejor acogida, las mayores facilidades para el más completo éxito de su laudable objetivo, por las más destacadas personalidades de cada una de ellas y hasta por los Jefes de los Estados que, como por ejemplo en México, Don Porfiria Díaz, le recibió en audiencia privada para ofrecerle su decidido apoyo personal para el más completo logro de sus investigaciones.

Antes de su arribo a tierras hispanas, donde contaba con la mayor abundancia de sus más sinceras amistades y, sobre todo, de materiales para su labor, Medina recorrió nuevamente Francia, Suiza e Italia, logrando en Roma, entonces, el difícil permiso para penetrar y trabajar en la famosa Biblioteca del Vaticano, gracias a liberalidad de un Papa, que prescindiendo de antiguas restricciones, abrió las puertas de aquél suntuoso recinto a los hombres de estudio.

Por fin, después de varios meses de este largo recorrido, rindió Medina su viaje en Madrid, donde se desenvolvía, como siempre cual si se encontrará en su propia casa y entre sus más íntimas y familiares amistades.

Pasó, entonces, grandes temporadas, entregando a su más agradable y arduo trabajo, en los Archivos ya por él muy conocidos, de Simancas y de Indias, revisando miles y miles de legajos, portadores, durante cuatro siglos, de documentadas fuentes de conocimiento que, con tanta largueza, se ofrecía al alcance de su mano, y que se referían a la Historia de la América hispana.

En 1904 emprendió su regreso a Chile portando un nuevo y enorme bagaje de fichas y cuartillas, fruto de intensa y fecunda labor de dos años lejos de su patria y durante los cuales hubo de esperar y sufrir todas las incomodidades y hasta penosas peregrinaciones propias de un tan largo viaje.

Inmediatamente, a su regreso, empleó la publicación de una serie de monografías sobre la Imprenta en la Habana, a pesar de las insuperables dificultades con que tropezó en esa ciudad para sus investigaciones bibliográficas, la Imprenta en Cartagena de Indias, y en otras y diversas ciudades de Hispano-América, como Mérida, Oaxaca, Caracas, Bogotá, Quito, Arequipa, Cuzco, Guadalajara, etc. cuyos datos pudo recoger en las visitas hechas a las ciudades antes mencionadas, al iniciar su reciente viaje a Europa, a más de los descubrimientos, y muy valiosos, en las Bibliotecas y Archivos españoles, reuniéndose en su conjunto una interesante Historia de la Imprenta en Hispano-América y en Filipinas que formaban el glorioso florón de la obra civilizadora de la Madre Patria. La América Española, como él, gran americanista, la nombraba, historia del desarrollo, en su territorio, de este elemento gráfico de civilización, hasta entonces desconocida, y en la que puso especial esmero, cuando trató de la Imprenta en México, por ser México el país colonial donde se instaló la primera imprenta de América, antes que en Madrid, y donde este divino arte alcanzó el mayor desarrollo.

Y es de notar el excepcional interés que Medina

demonstró por la nación mexicana, pues además de esta notable obra, le dedicó otra, de no menos trascendencia histórica, cual fué la "Historia del Tribunal del Santo Oficio en México" que con las Historias del mismo asunto relativas a otras Repúblicas americanas y Filipinas, señalan una etapa dolorosa sostenida por tan cruel y tétrica institución eclesiástica, y que en Medina representa tan enorme trabajo, una valiente y franca lealtad a la verdad histórica, fruto de más de treinta años de investigaciones documentales, que ponen de manifiesto las actividades de la Inquisición en las Colonias españolas.

La última obra que publicó, en esta época, a instancias de sus amigos y con el apoyo de la Universidad de Santiago, que estaban al tanto de los preciosos materiales con que contaba, fué su "Diccionario biográfico colonial de Chile" fuente inagotable de conocimiento y de datos para la redacción, por los estudios, de una verdadera y documentada Historia de Chile y de los principales personajes que en ella deben figurar por sus intervenciones en la vida nacional a través de los tiempos, y, especialmente, durante la época colonial.

Sería una labor de muchos años que, seguramente, sobrepasaría a los setenta y ocho que tuvo de vida este extraordinario polígrafo, para poder hacer un estudio crítico y detenido de su magna obra, escapando naturalmente a los límites de un trabajo como éste, puesto que requeriría mayor tiempo y espacio, a lo cual no renunció una vez de regreso a mi país, donde puedo disponer del completo acervo bibliográfico de sus obras y de toda su biblioteca, de más de veinte mil volúmenes, liberal y generosamente cedida al Estado y que con el nombre de José Toribio Medina, su desinteresado y patriota donante, figura en una espaciosa sala de la Biblioteca Nacional chilena.

Pero sí puede darse la impresión que produce la simple contemplación de todas sus obras, publicadas y

las que dejó inéditas a su muerte, cual es la que sólo una superada e ininterrumpida labor, en la que el vértigo y la sed insaciable de investigación, pueden apenas explicar, cómo tan árduo y penoso trabajo de búsqueda, selección, clasificación, ordenamiento, copias y delicada corrección de pruebas además de las notas, comentarios e ilustraciones que caracterizan a todas sus publicaciones, pudieran no revasar su vida ni la de un hombre activo que le hubiera triplicado en años. Es una impresión de asombro ante tan gigantesca labor en pró de la cultura de la Hispano-América y de todo el mundo. Labor fecunda y no ligera o superficial en la que se acumulan materiales con los que se pueden producir miles de volúmenes referentes a todos los aspectos de la vida histórica de las Repúblicas de la América Española, sobre todo, en su desarrollo intelectual y político, deshaciendo errores y prejuicios que desvirtúan, fatalmente, la verdad de los hechos históricos y aclaran y elevan la redentora obra de titanes que los conquistadores y los exploradores españoles y portugueses desarrollaron en el continente americano.

Con todos sus defectos, pues la perfección no es cualidad humana, unos por vocación religiosa, rayana con el fanatismo, degeneración materialista de una ideología, otros impulsados por insaciable codicia; éstos, por espíritu aventurero y aquellos por laudable aspiración de servir a su patria, es innegable que todos contribuyeron a convertir a los nuevos pueblos, sumidos en una ignorancia casi salvaje, en naciones hoy civilizadas y libres, con ese sello de civilización y de libertad que informan a la naturaleza y al temperamento de España, confundiéndose con sus habitantes, y no menos preciándolos o exterminándolos, como se hizo con exóticos sistemas de colonización, asentándose, por el contrario, en su territorio para fundar nuevas y florecientes naciones, secuela gloriosa de la metrópoli, reglamentando, con sabias leyes, la vida de conquistadores y conquistados para estabilizar una mútua convivencia, aplicando

de esta manera las tierras descubiertas, el mismo sistema de colonización que, siglos atrás, utilizaron los romanos en la antigua Hispania.

Es de notar que la obra prolífica de Medina fué, siempre, más valorizada y mejor comprendida en el Extranjero que en la propia América, si exceptuamos a la Argentina, Perú y Chile.

España, con críticos tan eminentes como Altamira Fernández Duro, Marqués de Laurencín y otros muchos más, recibieron, en muchas ocasiones, con justos elogios, la aparición incesante de sus producciones y como el Director del Museo Británico de Londres y otras Corporaciones similares de América del Norte, Argentina, París, Bolivia, Colombia, Venezuela y otras Repúblicas sancionaron las justas apreciaciones de aquéllos, colmándose de elogios y distinciones, estimando como una honra llamarle a su seno y considerarle como cosa propia.

Uno de estos críticos sostenía que con los volúmenes publicados por José Toribio Medina podía y debía formarse una biblioteca del mayor interés para la gente estudiosa, Medina fué formando la suya voluminísima y rica por el número y la calidad de los libros y manuscritos que la forman, figurando en ellos cerca de veinte obras cuyas algunas amplificadoras de otras ya publicadas, en paciente espera de ser redimidas por medio de la imprenta, por un arranque patriótico de su país natal, que al par que evite su posible desaparición y por tanto que el trabajo que representan y procedente de un chileno de corazón, contribuya a enriquecer el acervo bibliográfico de su patria.

Esos eximios críticos de España expresaban su asombro ante la obra de Medina, afirmando uno de ellos que aquilatando el valor y la relación de sus libros, parece mentira que la vida de un hombre sea suficiente para colmarlo, no habiéndose dado otro caso, ni en Europa, ni en América de tan variada y fecunda producción histórico-literarias, reconociendo todos, que hoy

día, quien se proponga hacer un estudio serio de la Historia de América, ha de acudir al rico venero que representa lo que podríamos llamar la Biblioteca Medina, gracias a la cual podemos apreciar la civilización desarrollada en este continente a través de la Historia, no fundada en bases de tradición o de conjeturas, sino en las sólidas e irrefutables de una documentación legítima y honradamente aportada, y por él tan inteligente y metódicamente acaparada, acopiando toda clase de datos, hasta los más nimios, con la constancia de su procedencia para reforzar su indiscutible autoridad y dejar satisfecho al hombre de estudio más meticuloso.

Y aquí impóneme un deber de justicia más que un impulso, en mí muy justificado también, de exaltar la feminidad, me obliga a hacer resaltar la valiosa colaboración que José Toribio Medina tuvo por parte de su ilustre compañera de hogar, la egregia dama chilena, que con él compartió la vida conyugal y cultural, Doña Mercedes Ibáñez y Rondizzoni, de linajudo abolengo, puesto que su abuelo materno el general del mismo nombre figuró tanto, en la guerra de la Independencia chilena.

De muy joven demostró estar dotada de una inteligencia clara y sus padres procuraron cultivarla y ampliarla con viajes de estudio, al par que de turismo al extranjero.

Por relaciones familiares se estableció un nexo, a pesar de la diferencia de edad, entre nuestro biografiado y la bella y atractiva joven que, de entusiasta y admiradora de aquél hombre trabajador y culto, andando el tiempo llegaba a ser su esposa, completándose el uno al otro, y creando un hogar en el que el amor, las delicadezas y la mútua comunión de ideas y de objetivos, hicieron de aquella pareja una garantía de felicidad y de triunfos.

Ella le acompañaba en sus viajes, constituyendo para él el mejor y más dulce cedante, en sus dificultades y sinsabores, ayudándole eficazmente en sus tra-

bajos, lo que explica la asombrosa producción en la que tenía su buena parte su culta compañera a la que no deja de corresponder el gusto con que las ediciones, como la de "La Auracana" se imprimían.

Cuantos pisaban su casa, verdadero laboratorio de trabajo constante, se hacían lenguas de la placidez de aquella manción, cuya providencia estaba encarnada en aquella señora, enamorada y admiradora de su esposo, amable, inteligente, culta en alto grado y feminina ama de su casa.

Un ilustre profesor argentino, el Doctor Rómulo García recordaba, en un hermoso y emocionante discurso, su primera e inolvidable entrevista con Medina en Santiago y exterioriza la agradable impresión que le causaran la amabilidad y fineza con que fué recibido y la sencillez que se respiraba en aquél hogar centro de incesante trabajo reforzado y embellecido por la inteligente actividad y el cariño de su esposa Doña Mercedes Ibáñez.

"Creedme, dice, que me emociono hasta sentir la vecindad de las lágrimas, cuando recuerdo la afabilidad, el cariño paternal y la consideración conque aquél venerable señor, príncipe de la Historiografía americana, me trató aquella tarde, para mi inolvidable, en que inicié mi cordialísima amistad con él. Y cuando de fútil conversación de etiqueta pasamos a los temas de nuestros estudios predilectos, y cuando después de abrirme las puertas de su amistad y de su consideración me introdujo en su SANCTA SANCTORUM de trabajo, me hizo rastrear libros por su biblioteca, me sentó a su mesa y me dispensó el honor de su tertulia familiar e íntima, EN LA QUE BRILLA, COMO UN SOL, más que el sol ausente que adorara al entrar a su sala, LA DISTINGUIDISIMA DAMA QUE TIENE POR COMPAÑERA Y POR CONSORTE, tuve recién, la sensación cumplida de lo que vale esa vida austera, totalmente consagrada al saber".

Es, pues, figura excelsa, la de esta egregia dama que si participó del cariño, de la sencillez y de la aus-

teridad de su marido, también le prestó su ayuda intelectual y material al par que con las mayores delicadezas de su corazón.

Su desinterés y su amor al trabajo iban parejos a los de su esposo y su patriotismo no le iba en zaga.

En su testamento, disponía Medina de su magnífica biblioteca que se negó a vender a Norteamérica, desde donde se le hicieron proposiciones tentadoras, fuese cedida a la Biblioteca Nacional de Santiago, pero pensando en lo mucho que había contribuido en sus trabajos su ilustre compañera, puso como compensación de su esplendido donativo, que Gobierno chileno pensionase a su viuda con seis mil pesos chilenos anuales, y Doña Mercedes Ibañez, haciendo honor a la desinteresada voluntad de su marido, renunció a aquella condición, para que la sesión fuera por completo un acto de desprendido y acendrado patriotismo de su esposo en el que ella también ponía su contribución personal.

Por eso aquella pareja, los esposos Medina que en vida fueron un solo corazón, una misma inteligencia y una voluntad única, fué reconocido como tal y perpetuada en una medalla conmemorativa en cuyo anverso aparecen los bustos de los dos esposos y en el reverso un símbolo lleno de delicadeza y de justicia.

EL HOMBRE

Era el verdadero tipo del bibliófilo, pero del bibliófilo sostenido en su elevado y digno plan, sin descender a la bibliomanía, a la que están expuestos cuantos dedican su vida a vivir entre libros y legajos.

Más bien bajo que alto, de frente amplia y mirada inteligente al par que bondadosa, a través de sus gafas se convertía en penetrantes y escrutadora. Su carácter algo retraído por la poca frecuencia en el trato social frívolo, pero amable y acogedor para quien a él se acercase y mucho más si ese acercamiento obedecía a demandar de él ayuda para alguna empresa de carácter culto,

Era, como todos los de su clase, hombre cuyo ambiente natural y en el que se muestra en su verdadero ser, es el reducido espacio de su cuarto de trabajo, o los amplios salones de una biblioteca o de un archivo, donde descifrando un manuscrito siente las mayores delicias que se convierten en sin igual gozo cuando triunfando de trazos casi ilegibles y de abreviaturas muchas veces caprichosas, descubre un documento de irrefutable importancia que refuerza la veracidad de un hecho que hasta entonces no había pasado de la categoría de una opinión.

Aunque cada hombre es un mundo, con sus peculiares cualidades, los bibliófilos que se encuentran en todas las bibliotecas del mundo, sea cuál fuere su categoría, tienen cualidades comunes, cuales son un incesante deseo de escudriñar todo tras de algo nuevo desenterrado del olvido, fuerza de voluntad que cristaliza en una tenacidad extraordinaria, incansables en el trabajo, abstraídos del mundo exterior y despreocupados de la noción del tiempo. Sus mayores alegrías no pueden ser más inocentes pues sólo la vista de un códice, de una ejecutoria o de un incunable los colma en alto grado y esas alegrías se combinan con el mayor desinterés, cuando los dispone siempre a facilitar a los estudiosos que a ellos acuden, datos y noticias que suponen horas, días y meses de penosa y personal investigación.

No ha faltado quien por la vida retraída con el exterior, de Medina le haya tildado de mal carácter a juzgar por los pocos amigos con que contaba y por lo poco que intervenía en el diario trato social.

El profesor chileno, Decano de la facultad de Humanidades de aquella Universidad, Sr. Barros Borgoño que tan de cerca conocía a José Toribio Medina; decía en acto solemne a este propósito.

"Se ha difundido una especie que le es adversa.

Dícese que es hosco y malhumorado, que suele hasta ser hiriente y que gusta censuras que se asemejan a fustazos. Y ello no es exacto. Si es innegable, empero,

que alguna vez, ese evangélico monje de la erudición, abandone la placidez que preconiza Kempis, y arremete, látigo en diestra, ello responde a una reacción de su hombría de bien contra los desplantes de la ignorancia pontifical y petulante. Es, por el contrario, un sereno espíritu, que siente el repudio más hondo por lo que es superficial y sobre todo, por la superficialidad que suele ser el único patrimonio de que echan mano los que bregan por la fácil conquista del aplauso".

Su fama no la buscó él, se la atrajo su obra que inspiró a sus conocedores los más justos elogios que perfilan su silueta de hombre de ciencia de una manera gráfica y exacta.

El mismo Barrios Borgoño le llama "el más profundo y honesto de los historiógrafos de América" y, el profesor argentino Quesada dice de él que "es de saber vastísimo, erudición segura y de memoria asombrosa, de salud férrea y energía singular que le permiten ser labarioso hasta lo absurdo, pues todo lo hacía por su mano". Y, por fin, sin contar el alto concepto que siempre mereció a los más eminentes intelectuales españoles, René Moreno le califica de "trabajador positivista, preservador de materiales extraídos de la cantera misma de los Archivos originales".

Lo que sí puede afirmarse en su honor y en el de la justicia, es, que considerando toda su vasta obra, domina en toda ella un inalterable amor a la verdad y un espíritu de independencia y de imparcialidad que eleva su personalidad por la honrada, honesta y justa, ante la exactitud que logra, en la relación de los hechos históricos, prescindiendo de sectarismos y prejuicios, contrarios a las características de un veraz historiador que buscando que la Historia sea la MAGISTRA BITE, como la denominaba Cicerón, antes debe ser LUX VERITATIS.

SUS VIAJES.

Por los datos que anteriormente hemos expuesto, José Toribio Medina comprendió, desde un principio,

que la obra patriótica que emprendía requería desplazarse de su patria, para buscar en otras tierras, por lejanas que fueran, y muy singularmente en España, los materiales necesarios que por una personal intuición estaba seguro de encontrar.

Fueron, pues, cuatro, los fructíferos viajes a Europa, que emprendió, de verdadera envergadura y con el apoyo oficial del Gobierno chileno y de la Universidad de Santiago.

El primero fué en 1876, cuando desempeñaba, en Lima la Secretaría de aquella Legación, donde inició sus trabajos periodísticos en "En el Correo de Perú" y otros periódicos capitalinos, que publicaron artículos suyos sobre Etmología, destacando, entre ellos, uno sobre "El Amor en la Araucana" y otros sobre "Ercilla juzgado por la Araucana".

Desde Lima emprendió este primer viaje, el de duración más corta, como para desbrozar el camino que, más adelante había de recorrer. En Madrid entabló relaciones con los bibliófilos Pascual de Guayangos y Gaspar del Río de los que recibió la noticia de un ejemplar de la rarísima obra "Descubrimiento y conquista de Chile" por Xufre del Aguila.

Para emprender el segundo en 1884 hubo de cubrir los gastos que suponía y que él no podría cubrir con sus modestos medios de fortuna con asignación a la Secretaría de la Legalización chilena en Madrid, cuyo nombramiento se le otorgó.

Como hemos dicho, antes de llegar a su destino recorrió varias naciones americanas y europeas, acopiando en sus bibliotecas, archivos y museos, toda clase de datos y noticias que tanto le habían de servir para la magna obra que se había impuesto. Fué, entonces, cuando logró relacionarse con la más alta intelectualidad, especialmente con la española, que tan bien supo cultivar y que tanto merecía por sus méritos y cualidades personales.

Tales relaciones y su carácter de diplomático fue-

ron la clave de todas las difíciles facilidades que encontró para llevar a cabo sus trabajos de investigación por Bibliotecas y Archivos.

Entre los veinticinco mil legajos que respecto a América contiene el Archivo de Indias de Sevilla, se encontró con que setecientos se referían a Chile y todos los escudriñó y de ellos sacó copias fieles de documentos referentes a la Historia de su nación, que encuadernó en numerosos volúmenes, que vuelto a su patria, constituyeron la base de la publicación de varias obras.

El tercero lo hizo en 1892, con motivo de la celebración en Madrid, del cuarto centenario del descubrimiento de América por los navegantes españoles, que se exteriorizó en fastuosas fiestas, a las que fueron invitadas todas las naciones americanas. Ello le proporcionó residir una larga temporada en Madrid y Sevilla, donde fué objeto de las mayores distinciones publicando en esta última ciudad, entre otras cosas, su obra "Historia del descubrimiento del río de las Amazonas".

Y, por fin su cuarto viaje, que duró dos años, desde 1902 a 1904, los constituyó un largo recorrido por toda América, estudiando la historia de la Imprenta en distintas Repúblicas de este Continente, Francia, Suiza, Italia, etc. para recalar en España, oásis fértil en su larga peregrinación, mina inagotable de sus pesquisas y donde Medina se encontraba como en su propia casa.

Fué esta la última aventura de aquel caballero andante por el campo del panamericanismo cultural, de amplias aspiraciones, puesto que abarcaba a toda América, cuyo conjunto tenía siempre a la vista cuando buscaba, con tanto empeño, entre los infolios de las Bibliotecas y los manuscritos de los Archivos, trayendo de allende los mares, del solar hispano aquellos materiales que se revelaron en más de trescientos volúmenes que ornan su nombre con el de más grande y fecundo de los polígrafos del americano continente.

Por eso y como imposición espontánea de su con-

tinuo y titánico trabajo, La Sociedad Chilena de Geografía e Historia, en sesión celebrada por su Junta Administrativa el día 14 de Junio de 1923, inició, un acto de homenaje a José Toribio Medina que había de celebrarse el día 25 de agosto de aquél mismo año en que se cumplía el quincuagésimo aniversario de la primera obra que dió a la estampa. La iniciativa se recibió con el mayor entusiasmo, uniéndose inmediatamente a ella las dos Universidades de Santiago, el Gobierno, con su Ministro de Instrucción Pública, Don Alcibiades Roldán y por toda la nación representada por su más alto dignatario, el Sr. Presidente de la República.

Todo el mundo se puso en movimiento, con el mayor entusiasmo para que el acto que iba a celebrarse en su honor fuera digno de tan benemérito americano y fervoroso americanista que era estimado por la Facultad de Humanidades, al tomar el acuerdo, como uno de los más preclaros historiadores "honra, no solo de Chile, sino también de América".

Y este entusiasta arranque de verdadera justicia traspasó los límites de la nación y halló entusiasta eco en toda la América hispana y Argentina, Colombia y Perú secundaron solemnemente aquella fecha gloriosa para ensalzar el nombre y la obra llevada a cabo, durante cincuenta años por aquél modesto e incansable paladín de la cultura americana.

Y en la gran aula magna de la Universidad Nacional de Santiago se celebró tan solemne acto, bajo la presidencia del Jefe del Estado acompañado de su Gobierno en pleno, del Cuerpo diplomático en Chile acreditado, que en nombre de las naciones que representaban habían ya hecho constar su entusiasta adhesión y de toda la intelectualidad chilena que así rindió su admiración ante la persona, allí presente, del ilustre homenajeado.

Fué, aquel, un día de exaltación patriótica en el que con la mayor emoción mil corazones rendían culto a un sabio que, desde su cuarto de trabajo había labora-

do durante tanto tiempo, toda su vida, por su patria y por sus hermanas las demás naciones del continente americano.

España y Portugal habían expresado su adhesión anteriormente en sendas comunicaciones y merece especial mención las palabras del ministro portugués que decían "Vuestro nombre está grabado, para siempre, en nuestros corazones: os guardamos la gratitud más infinita por haber recordado, de manera tan brillante las proezas de nuestros antepasados.

Gloria a Vos!" y en el acto se dió cuenta de las fervorosa adhesiones de las Universidades de Buenos Aires, de la Plata, de la Católica de Santiago, Academia Argentina de la Lengua, la Universidad del Sur, Ateneo de Santiago, Biblioteca Nacional, Unión Panamericana de Washington, Junta de Historia y Numismática de Buenos Aires, Facultad de Humanidades de la misma gran ciudad y una infinidad de las más destacadas personalidades de todas las Repúblicas hispano-americanas, en las diversas gamas de la cultura.

La prensa chilena como la de todas partes, dedicó aquél señalado día, sus editoriales y sus mejores firmas a ensalzar la figura del homenajeado, estudiando su obra y expresando la gratitud que toda América le rendía.

Don Alcibiades Roldán, Ministro y Catedrático, pronunció, en nombre del Gobierno un hermoso discurso y el Decano de la Facultad de Humanidades y gran historiador chileno, Don Luis Barros Borgoño llevó la voz de la Universidad, en un concienzudo trabajo en el que con un verdadero alarde de erudición y con un sentido acento de fraternidad hizo un sucinto estudio de las principales publicaciones de Medina enalteciendo su valor para todos los hombres estudiosos, poniéndole, ante los estudiantes, como el más alto ejemplo del hombre de estudio al que habían de imitar.

Medina, confuso y agobiado por la solemnidad del acto en el que, la ciencia, la política, todo su pueblo y hasta el general clamor que del exterior llegaba, ren-

dían a su persona, dió las gracias en elocuentes y sencillas palabras en las que rebozaba su más honda gratitud, y como brillante remate el Presidente de la República, Dr. Arturo Alessandri, en medio de las más entusiastas aclamaciones le hizo entrega de la medalla de oro que, en conmemoración de tan señalada fecha, le dedicaba la Universidad de Santiago de Chile.

Por cierto que al agradecer Medina, mirando atrás, las múltiples muestras de consideración y de acogimiento que había recibido en las distintas naciones por él recorridas en sus peregrinaciones científicas como España, Portugal, Argentina, etc. dedica a México, las siguiente palabras:

"No puedo olvidar, tampoco, a la remota y hermosa México, que tan efusivamente me acogió, cuando allá fui, en busca de la documentación que había de permitirme poner de relieve su vastísima cultura en los siglos pasados, y que ayer, no más, por iniciativa del primero de sus mandatarios, ha querido otorgarme un título de alta significación literaria, y que hoy me cumple agradecer por intermedio de su hábil Ministro en Santiago".

Honda muestra de gratitud a él tenida, por las obras que produjo referente a la nación mexicana, en su "Imprenta en México, Oaxaca, Veracruz", etc. y en su "Historia del Tribunal del Santo Oficio en México", en la primera de las cuales pone de manifiesto la alta cultura que durante pasados siglos culminó en este pueblo de los Aztecas, y en la segunda las torturas que muchos de sus distinguidos hombres hubieron de sufrir por la presión del fanatismo y la sevicia de aquel abominable Tribunal.

x x x

El hacer un estudio bibliográfico de todas las obras publicadas, tanto en España, como en la Argentina y en Chile por José Toribio Medina, sería casi obra de benedictinos. Tan extensa y tan intensa es que muchos años y muchos volúmenes demandaría. Pero ya

que, por la índole misma de este trabajo, no podamos hacerlo, si hemos de decir algo de algunas de ellas, las que creemos principales desde el punto de vista americano, no sin contar con las casi insuperables dificultades con que hemos tropezado, recorriendo nuestras Bibliotecas, tanto oficiales como algunas particulares, en las que, si no todo lo que necesitábamos, hemos encontrado algunos elementos con qué servirnos. Desde luego, si podemos afirmar que entre todas las Bibliotecas no reúnen las obras completas de Medina, y lo que aún es más triste, algunas de ellas, no sé por qué razón están incompletas, sin que haya sido posible encontrar los tomos que faltan, bien por una equivocada colocación o por una sustracción dizeñable.

En nuestra opinión, las obras cumbres de nuestro polígrafo americano son la "Biblioteca Hispano Americana", las monografías sobre "La Imprenta en América" "La Historia del Tribunal del Santo Oficio en América" y la lujosa y bella edición de "La Araucana" de Alonso de Ercilla, en dos volúmenes que no hemos podido admirar en México por no encontrar ningún ejemplar en parte alguna.

Es la "Biblioteca Hispano-Americana", la mejor obra bibliográfica publicada en América y desde luego, a la altura, si no la supera de las de Nicolás Antonio, Henry Harriasse, Brunetete y, aunque, como ocurre en esta clase de obras, el autor reconoce no estar completa, es indudablemente la mejor obra de consulta para los bibliófilos y los hombres de estudio, no debiendo faltar en ninguna biblioteca pública, por lo menos.

Esta obra, cuya publicación duró, desde 1898 hasta 1907, se compone de siete volúmenes en folio, habiendo sido impresa, toda ella, en la imprenta particular que Medina tenía instalada en su casa y que funcionaba bajo su inmediata y acertada dirección.

Esto lo denuncia el gusto en la letra y en la composición de su portada, a dos tintas, y todas sus páginas que dan al lector una sensación de agrado por la lim-

pieza y claridad tipográfica y por el cuidado de su corrección y colocación de grabados.

Abarca toda ella una vívida historia de la vida intelectual y política de la América Española, desde la introducción de la Imprenta en el Nuevo Continente hasta la Independencia de las diferentes Repúblicas, llegando en la Argentina al año 1810, en Chile hasta 1817 y en el Perú hasta 1821.

En el prólogo del primer tomo, hace una clasificación metódica a la que ha de ajustar su trabajo. Primeras obras publicadas por americanos o españoles que vivieron en América, aunque en ellas no se ocupen de nada que afecte al continente americano, justificándolo, diciendo que aunque los autores no se refieran a cosas de América, su producción intelectual significa una demostración de la cultura americana en aquella larga época, añadiendo, para confirmar esta opinión "Como podríamos dejar de incluir en la bibliografía americana, las obras de Fray Alonso de la Veracruz, y las del Obispo Palafox, en México? Cómo podríamos olvidar, en Lima, al jesuita José de Acosta, al franciscano Pedro de Alba y Astorga, y, en Chile, al Obispo Fray Gaspar de Villarreal?"

Comprende, también, en esta sección a los autores hispanoamericanos que, por circunstancias históricas, escribieron fuera de América, especialmente en España e Italia, y, por fin, los libros escritos, en su mayoría en español y en latín, referentes a América, aunque sus autores pertenezcan a distintas nacionalidades.

Expresa su concepto respecto a lo que debe entenderse por obras que traten de América, que no son las que por casualidad la nombren, sino aquellas que, en todo o en parte de su contenido, se dediquen a asuntos propiamente americanos, defecto, el primero, de que adolece Harriasse en su "Biblioteca Americana Vetus-tísima" que incluye libros que no tienen razón alguna para figurar en ella, puesto que no lo es el mero hecho de mentar el nombre "América".

Al reconocer la imposibilidad de que ninguna obra bibliográfica de esa envergadura, sea perfecta, diciendo que, desde luego, es el fruto (ubérrimo, diríamos nosotros) de sus constantes investigaciones en todas las Bibliotecas y Archivos que durante años, estuvieron a su alcance, luchando con las complicaciones y molestias de una enconada búsqueda, en la que para encontrar un libro que merezca figurar en la Bibliografía hispanoamericana, han de desfilar ante la escrutadora mirada del investigador, muchísimos que carecen ese carácter aparte de las dificultades de orden económico, sobre todo de las que se oponen por personas poseedoras de libros raros, aunque salva a vastantes de ellas, como el general Mitre, en Buenos Aires al Director del Museo Británico de Londres, Mr. Garnet, el Sr. Valdebro, el Duque de T'Serclaes Tilly y todos los funcionarios del Archivo de Innias, en Sevilla.

En la primera página del primer tomo reproduce los autógrafos por él mismo logrados, los Reyes Católicos, Cristobal Colón, América Vespucio, el P. Bartolomé de las Casas, Obispo de Chiapas, Carlos V., Hernán Cortés, Gonzalo Fernández, Alonso de Ercilla, y Lupe de la Vega.

Las primeras páginas las dedica a un número de incunables referentes al descubrimiento de América, en el que figura un opúsculo, reproducido y traducido al latín, que contiene la carta que Cristobal Colón envió desde Canarias y Lisboa a los Reyes Católicos, al retornar su primer viaje, siendo el año de su impresión el de 1493. Ese opúsculo que según Medina debió encontrarse en Toledo, por las argucias de insaciables libreros, pasó a París y de allá a New York, a un particular que, al parecer, pagó una respetable cantidad.

Harrisse también lo incluye en su obra bibliográfica, pero Medina adjuntó a este documento una interesantísima y prolija nota bibliográfica que, como otras muchas contenidas en su obra, quedará como modelo para los que se dedican a esta clase de trajos.

Figura también, entre estos enumerados incunables, uno del Dr. Alonso Ortiz, impreso en Sevilla en 1493, otro de Bernardino Carbajal, impreso, también en el mismo año en Roma, otro, si fecha de impresión que contiene la bula del Papa Alejandro VI, cediendo a los Reyes Católicos y a sus sucesores, todos las tierras que descubrieran en el Nuevo Mundo, con la condición de convertir a sus habitantes, a la religión católica.

Otro de Carlos Verardo y Cristobal Colón traducido al latín e impreso en 1494, la Gramática de Antonio de Nebrija, sin fecha ni lugar de la impresión una Cosmografía de Núñez de la Yerba, impresa en 1498: un tratado de Medicina de las pestíferas bubas, enfermedad tropical, por el Licenciado Villalovos e impresa en Salamanca, en el mismo año 1498, y, por fin una Crónica de Aragón de Fr. Gualberto Fabricio de Vagad, impreso en Constanza, el año de 1499, todos anotados con interesantes y discretas notas de Medicina.

El resto de este primer tomo esta dedicado a obras impresas hasta 1550, e incerta otro fotograbado con los autógrafos de Alonso de Veracruz, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Agustín de Zárate, Bernardo de Vargas Machuca, Fr. Domingo de Santo Tomás, José de Acosta, Fr. Juan Fochar, Fr. Juan González de Mendoza, Fr. Bartolomé de Ledesma y Fr. Miguel Agía, que, como los anteriores, figuraron tanto en nuestra Historia.

Desde el tomo II, Medina adopta el sistema alfabético de Autores, sujetándolo al cronológico por siglos, y advierte el mismo que, después de muchas dudas, no incluye, en extenso a los autores chilenos, haciendo su referencia a la Biblioteca chilena que publica al mismo tiempo.

En este tomo incluye las obras publicadas durante la primera mitad del siglo XVII y en el tercero los de la segunda mitad hasta 1700.

Todo el cuarto tomo y las 400 primeras páginas del quinto incluyen las obras publicadas hasta 1800, empujando las del siglo XIX en la página 401.

El tomo V aparece encabezado por un concienzudo e interesante estudio hecho por Medina, de las disposiciones emanadas por los gobiernos de la Metrópoli sobre la impresión de los libros, tanto en España como en sus Colonias, las licencias de publicación y venta; la prohibición de LIBROS DE ROMANCES E HISTORIAS FINGIDAS, alcabalas que pesaban sobre toda clase de libros impresos, con muy curiosos documentos procedentes del Tribunal del Santo Oficio de Lima, cuyas restricciones obligaron a publicar muchos libros en España, donde había más tolerancia, sacados, la mayor parte de los documentos del Archivo de Indias.

Sigue, después, un estudio dedicado a la familia española Pineló que estuvo en América y se distinguió por sus publicaciones y en la que descuella Antonio León Pineló, cuyas obras no fueron todas publicadas, que ocupó altos cargos y que fué nombrado Cronista de Indias, Medina reproduce el facsímil de las portadas de algunas de sus obras.

En el tercer estudio se ocupa en dar cuenta de los principales bibliófilos que le precedieron, con notas biográficas sobre el referido Nicolás Antonio con su Biblioteca Hispana (vetus y nova) que empezó a publicarse en Roma y terminó en Madrid, del Abad Barbosa, etc.

Trata, también de la obra "Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos" que inició el gran bibliófilo español, Don Bartolomé José Gallardo y siguieron Don Ramón Zarco del Valle y Don José Sancho Bayón. Menciona y estudia a Gil González Dávila, González de Barcia Carballido, Mr. Henry Harrisse, al que titula "Verdadero fundador" de la Bibliografía en América, con su famosa obra, ya mencionada, "Biblioteca Americana Vetustissima", que Medina encomia con el mayor entusiasmo dedicando una gran extensión a la biografía de bibliófilo yanki.

Inserta inmediatamente, en este tomo, otro grabado, como los anteriores, con los autógrafos del Licencia-

do Pedro Frassa, Dr. Juan de Solórzano Pereira, Licenciado Francisco de Alfaro, Antonio Macheni, Licenciado Diego Ibáñez de Faria, Fray Domingo de Santo Tomás, Licenciado Digo Antonio de Oviedo y Baños, Licenciado Antonio de León, José de Acosta y Licenciado Don Juan de Villagutierre.

El Tomo VII y último es un verdadero apéndice a la obra, suministrando adiciones y completando datos relativos a libros no contenidos.

En resumen, sólo una obra como ésta que tan largos años de trabajo representa, bastaría para consagrar a un hombre, cuanto más a su autor que lo manifestó tanto o más en todos sus múltiples libros.

